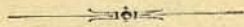


DISCURSO INAUGURAL









# DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1886 A 1887

LEYÓ

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

# UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EL DOCTOR

D. DELEIN DONADIU Y PUIGNAU

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.



BARCELONA.

IMPRESA DE JAIME JEPÚS,  
IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD

CALLE DEL NOTARIADO, 6 (ANTES PASAJE FORTUNY).

1886.







יִבְרָא יְיָ אֱלֹהֵא יֵת אָדָם עִפְרָא  
מִן אַרְעָא וְנִפְחַ בְּאַפִּיקֵי נְשָׁמְתָא  
דְחַיֵּי וְהָיָה אָדָם לְרוּחַ סְמִלְלָא:  
ב. בראשית. תרגום אונקלוס

Et creavit Dominus Deus hominem pul-  
verem de terra; et inspiravit in faciem ejus  
animam vite: et fuit homo in spiritum lo-  
quentem.

*Chald. Paraph. translatio, GEN. II, 7.*

## EXCMO. É ILMO. SR.

SEÑORES:



ENTRE los innumerables problemas referentes á los orígenes de las cosas, hay uno que por su grande interés y trascendencia ha llamado en todos tiempos la atención de los sabios, que ha producido en todos los siglos recios y sostenidos debates en el terreno de la religión y de las ciencias, así filosóficas y sociales, como naturales, lingüísticas é históricas, y que aun en nuestros días no está satisfactoriamente resuelto: tal es el que se refiere al *origen del lenguaje*. ¿Quién ignora, señores, el poderío de la palabra? ¿Quién desconoce su inmensa utilidad é importancia? ¿Quién es capaz de apreciar su portentosa influencia, así en el orden natural, como en el sobrenatural? Con ella Dios creó los mundos: con ella se desenvuelve la vida del individuo, de la familia y de la sociedad: con ella todo se expresa desde la nada hasta el Ser Supremo.



No debe sorprendernos, pues, que en todos tiempos las lumbreras del saber humano se hayan afanado en querer descubrir el origen de ese don tan excelente, de ese instrumento tan útil y maravilloso; y que en este momento intente yo también, á pesar de mis escasas fuerzas, plantear y resolver, sin preocupaciones de ninguna clase, el difícil y trascendental problema del *origen del lenguaje*.

Arriesgado es mi propósito, lo confieso, por ser muchas y de peso las teorías que he de combatir, y por ser yo el menos competente para dejar oír mi voz sobre tan importante materia, al cumplir el encargo que he recibido de mi digno é ilustrado Jefe, el Rector de esta Universidad, de pronunciar un discurso en esta solemnidad académica; pero me animan á ello, de una parte, vuestra notoria benevolencia, y de otra, el deseo de contribuir á aumentar, aunque exigua-mente, el caudal de los conocimientos científicos sobre un asunto en que han demostrado viva oposición los enemigos de la Iglesia y de la sana filosofía.

## I.

Antes de entrar en el examen de la cuestión, conviene plantearla debidamente. No es mi ánimo averiguar el origen del lenguaje, considerado como facultad de hablar, ni el origen del lenguaje llamado mudo, ni el del escrito, ni tampoco el origen inmediato ó próximo de las lenguas que se hablan hoy en el mundo, sino el origen mediató ó remoto del lenguaje propiamente dicho, del hablado, de ese conjunto de sonidos articulados con los que el hombre expresa, ya interior, ya exteriormente, lo que siente, piensa y quiere, y se distingue esencialmente de los seres irracionales.

¿Pudo el primer hombre, sin el auxilio de la revelación, inventar el lenguaje? ¿Fue dicha lengua primitiva producto natural del mismo hombre ó fue revelada por Dios? Hé aquí dos cuestiones bien distintas: de mera posibilidad la una, y de hecho la otra: filosófica la primera, lingüística é histórica la segunda, las cuales paso á dilucidar



con la claridad y concisión posibles, apelando á la Filosofía, á la Lingüística y á la Historia.

## II.

Dos grandes escuelas existen en el terreno filosófico para explicar la *posibilidad ó imposibilidad* del origen humano del lenguaje. Por una parte, la mayoría de los filósofos católicos afirman que el hombre, á pesar de hallarse dotado de razón y de libertad, de tener un aparato vocal á propósito para hablar y un lenguaje mudo, fué impotente, sin el auxilio de la revelación, para inventar la palabra ó la lengua primitiva; y por otra, los partidarios de la actual pseudo-filosofía, representados por los materialistas, positivistas, darwinistas y no pocos racionalistas, sostienen, cada cual á su manera, no sólo que es posible la invención humana del lenguaje, sino que real y positivamente el hombre inventó la palabra ó el sonido articulado, después de haber proferido sonidos inarticulados y de haberse perfeccionado con el transcurso de los siglos, en virtud de la selección natural.

Aun cuando sea la cuestión de la mera *posibilidad ó imposibilidad* del origen humano del lenguaje una de las muchas que Dios ha dejado á las disputas de los hombres, y que cada cual puede resolver según sus principios, la verdadera y sana Filosofía, apoyada en la *razón*, en los datos de la *experiencia* y en el *testimonio humano*, reconoce como más segura la opinión de los que afirman que el hombre no ha podido inventar el lenguaje, y que el origen de la palabra, por lo tanto, es *divino* y no *humano*.

La *razón* nos demuestra que la palabra es necesaria para formar el lenguaje y para expresar el pensamiento; que al lenguaje se debe así el desarrollo de todas las facultades intelectuales y morales, como el progreso de las ciencias, letras y artes; que es indispensable para la formación y conservación de la sociedad; y que su origen no puede ser humano, sino divino.

En efecto; es notorio que la palabra es la expresión de una idea ó



de un concepto; y que el concepto no es una cosa material, como lo pretendieron en los tiempos antiguos Leucipo, Demócrito, Epicuro y Empédocles, y en los tiempos modernos Hobbes, Toland, La Mettrie, Cabanis, Broussais, Büchner y Moleschot; ni exclusivo resultado de la intervención de los sentidos, como afirman el sensualista Condillac, el empírico Locke, los positivistas modernos Comte, Littré y Herbert-Spencer; ni tampoco una entidad meramente ideal elaborada en nuestra mente con independencia de los sentidos, como sostiene Descartes y los racionalistas contemporáneos, sino una entidad real y verdadera; la palabra del entendimiento, *verbum mentis*; el término mental <sup>(1)</sup>, formado por el alma humana con intervención de los sentidos y del entendimiento <sup>(2)</sup>.

Antes de expresar el pensamiento, es preciso pensar en el modo de expresarlo, esto es, en las palabras destinadas á representarlo; pero atendida la naturaleza de la mente humana, y la verdad que encierra aquel famoso axioma escolástico: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu nisi intellectus ipse*, no puede el alma humana pensar en la palabra, ni tener idea de ella, si previamente no ha oído los sonidos articulados ó elementos que la componen, asociándolos en su mente para designar objetos determinados.

No sirve el lenguaje humano, á pesar de afirmarlo Bonald, Baultain y Lamennais, para fecundar ó constituir nuestras ideas ó para infundirlas en nuestra mente, haciéndolas pasar de implícitas, informes ó *in fieri*, á explícitas, formadas y actuales, por ser el pensamiento siempre anterior á su expresión, y porque la experiencia enseña que el lenguaje, por sí solo, si se ignora su significado, no engendra idea alguna en la mente del que escucha, y si se llega á poseer la idea del

(1) Para mayor ilustración, véase mi obra, publicada en 1884, *Ampliación de la Psicología y nociones de Ontología, Cosmología y Teodicea*, Parte I, capítulos VIII, IX, X y XI.

(2) Los sentidos transmiten las imágenes ó representaciones sensibles y materiales de los objetos al entendimiento *agente*, que las transforma en insensibles ó inmateriales, haciéndolas inteligibles, y las presenta al entendimiento *posible*, bajo la forma de universalidad, en cuyo estado son conocidos los objetos por el alma humana; y de aquí que las representaciones sensibles constituyen respectivamente la materia ó la ocasión en la formación de las ideas ó conceptos, según sean sensibles, inteligibles ó espirituales, y que la causa eficiente de dicha formación es el entendimiento agente y el posible, ó sea el entendimiento humano con sujeción á ciertas leyes de que no le es posible prescindir.



objeto significado por el vocablo, no puede éste ser causa de la idea ó engendrarla en nuestra mente, toda vez que el alma tiene ya conocimiento de ella.

Aun cuando por medio del lenguaje se adquirieran conocimientos, es imposible sostener que el lenguaje por sí solo engendre y produzca pensamientos ó ideas: lo que hace el lenguaje articulado es manifestar y desarrollar las ideas y conocimientos preexistentes, bien sea ayudándonos á fijar la atención sobre las ideas adquiridas, á compararlas con otras, á combinarlas, á verificar las operaciones de inducir y deducir, y á descubrir nuevas relaciones y analogías, bien sea guiando á nuestro entendimiento, inteligencia ó razón para formar ideas, juicios y racionios.

Es indudable que para meditar, analizar, comparar, juzgar, combinar, inducir, deducir y, en una palabra, para reflexionar y razonar, nuestro entendimiento necesita indispensablemente tener á la vista un vocabulario, á fin de nombrar, distinguir y retener los varios objetos y los elementos de sus operaciones; toda vez que no se trata de objetos físicos, particulares ó compuestos de partes que puedan verse, oírse ó tocarse, propios de la potencia sensible ó de la imaginación <sup>(1)</sup>, sino de seres incorpóreos que no producen imagen alguna; de ideas intelectuales, morales y sociales; de relaciones de las cosas y de las personas, origen de las leyes y de los deberes; de relaciones de conveniencia, de utilidad y de necesidad; de relaciones que constituyen el objeto, desarrollo y progreso de todas las artes y de todas las ciencias; y en fin, de objetos y relaciones que por razón de su universalidad é inmaterialidad no pueden por sí solos, y si únicamente por medio de la palabra ó lenguaje, constituir la materia y la forma del racionio.

El lenguaje es además indispensable para la formación y conservación de la sociedad. Así como no puede suponerse vida sin movimiento, tampoco puede concebirse, ni subsistir sociedad humana completa, sea civil, doméstica ó privada, sin el lazo común y el co-

(1) No tienen el don de la palabra los loros y otros pájaros que articulan é interpretan únicamente los sonidos humanos que han oído, porque no los entienden y porque obran siempre de una manera constante é invariable.



mercio de la palabra, sin el poderoso sostén y vehículo del lenguaje. Añádase á esto, que el hombre está destinado á vivir en familia y en sociedad, cuyo estado es inconcebible faltando el lenguaje; que lo natural á un ser, como lo es la palabra respecto de la sociedad, puede desarrollarse y perfeccionarse más ó menos, pero en manera alguna convertirse en producto artificial de la invención; y que no pudo el lenguaje ser obra de convenio ó estipulación, puesto que para convenirse hubiera sido indispensable la existencia de otro lenguaje, por ser la palabra, como lo ha reconocido hasta Rousseau, absolutamente necesaria para inventar la palabra.

Ahora bien; siendo evidente que el lenguaje, así externo como interno, es la expresión sensible y, como si dijéramos, corpórea del pensamiento; que es indispensable la palabra externa para manifestar y desenvolver los pensamientos, y la interna para dar forma á nuestros conceptos y servir de medio ó instrumento al alma para informar y desarrollar las ideas preexistentes; que sin el lenguaje quedaría incompleto el mecanismo intelectual; que á él se deben los adelantos de las ciencias, letras y artes; que es preciso pensar para poder hablar; que el inventor del lenguaje, caso de haber existido, debiera haber inventado antes la manera de expresar sus pensamientos, lo que era imposible; y por último, que no puede existir ni subsistir sociedad alguna sin el lenguaje, ó sea en estado de mutismo, síguese lógica y necesariamente que el hombre no pudo inventar el maravilloso instrumento de la palabra. Se colige además, que si el lenguaje no ha podido ser inventado por el hombre, tampoco ha podido serlo por pueblo alguno, porque no hay sociedad sin leyes convenidas ó impuestas, ni convenciones ó imposiciones sin palabra: de otra suerte aparecería el fin antes que los medios y quedaría destruido el orden natural y eterno de las cosas.



III.

La verdad de estas deducciones la ponen aún más de manifiesto los datos de la *experiencia* y el apoyo del *testimonio humano*.

Es un hecho que desde nuestra infancia por medio de sonidos inarticulados primero y de sonidos articulados después, unidos siempre á los gestos, actitudes y movimientos del cuerpo; procuramos imitar ó remedar las palabras y las acciones de nuestros padres, de nuestros preceptores y demás personas que nos rodean, y que adquirimos con dicho auxilio un mayor ó menor grado de instrucción y de educación.

Es igualmente cierto, que siendo niños pronunciamos las palabras que oímos, sin darnos cuenta durante mucho tiempo del significado de las mismas; y que en esta ignorancia continuamos hasta que, asociando el sonido al objeto visto, llegamos á conocer lo que impresiona á nuestros sentidos <sup>(1)</sup>.

También es notorio, que cuando hablamos en una lengua extraña, antes de expresar en ella nuestro pensamiento, lo formulamos en nuestro interior valiéndonos de la lengua materna; y que cuando hablamos en la lengua propia, proferimos palabras que son la expresión de los pensamientos que antes hemos formado, asociando los sonidos que hemos oído á los objetos vistos ú oídos.

Es no menos evidente, que para hacer rápidos progresos en el estudio y perfeccionamiento de una lengua, es preciso ante todo con-

---

(1) Muy oportuno es en este lugar transcribir los siguientes versos de Clotilde de Surville que se leen en Augusto Nicolás (*Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, t. I, p. 149), dirigidos á su primer hijo:

Te hablo y no me oyes... ¿Duermes, hijo mío?  
 Mas ¡ay necia de mí! ¡qué desvarío!  
 ¿Oyérasme despierto por ventura?  
 Veo la hilaza de tu mente oscura  
 Enmarañada aún... ¡Oh! deja, deja  
 Que de tu alma devane la madeja.



cebir bien, ó sea fijarse detenidamente en el significado de cada una de las palabras que se emplean, enlazando el sonido material con el objeto ó idea representado por la palabra, y en formar ideas, comparaciones, juicios, inducciones y deducciones, con el auxilio de la palabra, que cada individuo desenvuelve según su mayor ó menor grado de inteligencia.

Los precedentes hechos confirman que es necesaria la palabra para dar forma interna al pensamiento y expresarlo; y que, como dice Bonald <sup>(1)</sup>, «el hombre piensa su palabra antes de emitir su pensamiento, ó de otro modo, que el hombre no puede expresar su pensamiento sin pensar antes su palabra.»

Otros datos de experiencia vienen á robustecer nuestras afirmaciones. Cosa sabida es, que el que pasa largo tiempo en país extranjero, pierde en gran parte la facilidad de hablar su propia lengua; y lo es también que dos niños abandonados durante muchos años en el bosque por Psammético, rey de Egipto, á fin de descubrir en ellos la lengua primitiva ó natural, no llegaron á proferir más que la palabra βέκος <sup>(2)</sup>, imitación sin duda del balido de las cabras, de cuya leche se alimentaban los dos niños.

Más aún: el rey del Indostán Malabedim Echebas, ó sea el gran Mogol, dejó á un niño en el mayor aislamiento, fuera del consorcio de los hombres, y dicho niño no profirió nunca palabra alguna. En 1660 fueron hallados en los bosques de la Lituania dos niños gemelos de unos nueve años de edad, que vivían allí errantes desde largo tiempo y que, estando fuera de todo trato humano, no pronunciaban palabra alguna articulada, á pesar de que, según testimonio de los médicos que los examinaron, tenían bien constituido el órgano vocal.

De lo expuesto resulta claramente, que el lenguaje articulado no es innato en el hombre; que el niño separado de la sociedad pronuncia, solamente por instinto, ciertos sonidos inarticulados, que imita de los seres vivientes que le rodean, y practica también ciertos movimientos que expresan sus afectos sensibles; y que no pudiendo el lenguaje primitivo ser invención del hombre, debió necesariamente infundirlo

(1) *Oeuvres complètes*, t. III, p. 64.

(2) Herodoto, lib. II, c. 2.



Dios á nuestros primeros padres, de los cuales se ha trasmitido á todo el género humano.

No es, pues, extraño que uno de los principales deistas de Francia, para quien la *revelación* era una especie de blasfemia, se viese obligado por la sola fuerza de la razón y de los hechos á confesar que el origen del lenguaje es inexplicable sin la revelación, por estar convencido de la *imposibilidad casi absoluta* de que hayan podido nacer y formarse las lenguas por medios puramente humanos <sup>(1)</sup>. Otros testimonios no menos autorizados y nada sospechosos proclaman la misma doctrina, como la única satisfactoria y razonable: citaré sólo, para ser breve, á Guillermo de Humboldt.

Este sabio filólogo y distinguido lingüista, que habia reconcentrado todas las fuerzas de su ingenio en el estudio comparativo de las lenguas, en sus relaciones gramaticales, filosóficas é históricas, y que á la más vasta erudición juntaba una penetración maravillosa, no pudo llegar á concebir la formación humana y progresiva del lenguaje; habla de una fuerza divina, de un genio creador, de un misterioso procedimiento de la naturaleza, de una causa primera; y no pudiendo detenerse en este punto, de analogía en analogía, se eleva al seno de aquella verdad que aparecía á Platon tan evidente. «Estoy íntimamente convencido, dice, de que es necesario no desconocer la fuerza *verdaderamente divina*, oculta en las facultades del hombre... Este *genio creador* puede salvar la barrera prescrita al resto de los mortales; y aunque es imposible trazar su carrera, no por esto es menos manifiesta su presencia vivificante. Antes de prescindir, en la explicación del origen de las lenguas, del influjo de esta *causa poderosa y primera*, y de señalar á todas ellas una marcha uniforme y mecánica que las arrastraría paso á paso desde su principio hasta su perfección, me adhiero yo al parecer de los que atribuyen el origen de las lenguas á una *revelación inmediata de la Divinidad* <sup>(2)</sup>.»

Esta última solución es la única que puede dejar satisfecho á quien se proponga indagar si la forma de las lenguas es obra del entendi-

(1) Rousseau, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, cap. IV.

(2) Cartas á Mr. Abel Remusat sobre la *Naturaleza de las lenguas*, Paris, 1827, pág. 13.



miento humano; y es al mismo tiempo una clara explicación de que ese *genio creador*, esa *causa poderosa y primera*, ese *misterioso procedimiento de la naturaleza*, de que habla dicho esclarecido sabio, son verdaderos sinónimos de la Divinidad.

No tiene otra salida el laberinto del origen de la palabra; y por vueltas y revueltas que se den, vendremos á parar siempre en que el lenguaje es de origen divino; cuya doctrina está conforme con la recta filosofía y con la religión católica.

#### IV.

Mucho trabaja la escuela libre-pensadora para hacer prevalecer su opinión de que el hombre puede inventar el lenguaje; son, empero, de todo punto inútiles sus esfuerzos, por repugnar á la verdadera filosofía las peregrinas y funestas teorías que le sirven de base ó fundamento.

Afirman algunos racionalistas que el alma humana puede inventar la palabra, por ser el entendimiento una emanación del Ser Supremo, una limitación del Espíritu Universal, una participación del mismo Dios. Esos panteístas, sean emanatistas, realistas ó idealistas, proclamando la independencia de la razón humana, admitiendo una sola sustancia, la suprema y absoluta, con la cual se identifican esencialmente y se distinguen sólo accidentalmente los seres particulares, deificando al hombre y confundiéndolo con Dios los primeros, con el Ser Supremo los segundos, con el Yo puro, con el Ser absoluto ó Identidad Universal y con la Idea pura los últimos, caen en los más crasos errores y en los más manifiestos absurdos <sup>(1)</sup>.

(1) La teoría del panteísmo *emanatista* fué patrocinada por varias sectas de la Filosofía Indica, por los antiguos Gnósticos que explicaban el origen del mundo por medio de emanaciones y remanaciones sucesivas y graduales de la sustancia divina, y de un modo especial por los Estoicos y Neoplatónicos en los tiempos antiguos y por Cousin en los modernos; la del panteísmo *realista*, ó sea de la evolución inmanente real, es propia de Espinosa, Cousin y Krause; y la del panteísmo *idealista* en sus tres fases *subjetiva*, *objetiva* y *lógica* se debió respectivamente á Fichte, que admite como única realidad el *Yo puro*, á Schelling que es partidario del Ser absoluto ó de la *Identidad universal* y á Hegel que lo hace derivar de la *Idea pura*.



Los modernos sistemas evolucionistas y transformistas hacen derivar de la generación espontánea ó humana todas las perfecciones del hombre, inclusa la del lenguaje articulado; y, siguiendo la teoría sensualista de Condillac, afirman que los primeros hombres permanecieron durante mucho tiempo en estado de barbarie y de mutismo; que al vivir juntos tuvieron ocasión de poner en ejercicio las facultades de su espíritu adquiridas por selección natural; que su trato reciproco, sus pasiones, afecciones y cuidados les hizo proferir gritos que fueron los signos naturales de sus afectos y el origen del lenguaje hablado; y que por esta razón los progresos del lenguaje fueron en un principio muy lentos, necesitándose muchas generaciones para aumentar el número de palabras necesarias para expresar toda clase de ideas.

Parece imposible que la razón humana incurra en semejantes desvarios. ¿Quién puede sostener que el cuerpo y sobre todo el alma del hombre sean producto de la generación espontánea, de esa transformación ciega, accidental y progresiva de la materia inerte en materia viva que llega por grados á la vida racional humana sin influencia de padres de la misma especie, bien se explique dicha transformación como efecto de las circunstancias, según opinan Cabanis, La Mettrie, Maillet, Robinet y Lamarek, el más célebre de todos, bien se considere efecto de la selección natural, según afirma Carlos Darwin? ¿Cómo sostener que los sonidos articulados sean transformación ciega, accidental y progresiva de los sonidos inarticulados, que suponen algunos se proferirían á imitación de la voz de los irracionales y de los diversos ruidos de la naturaleza? ¿Quién, á poco que reflexione, no ve cuán absurda es dicha teoría transformista y evolucionista, cualquiera que sea el punto de vista en que se la considere, ya en el terreno de la Metafísica, ya en el de la Fisiología? Basta consignar que la teoría de la generación espontánea, considerada *metafísicamente*, es de todo punto inadmisibile, por apoyarse en falsos principios y por ser una hipótesis arbitraria en su origen y contradictoria en su procedimiento; y que es también insostenible *fisiológicamente*, por ser el principio vital distinto de las fuerzas físicas y químicas, por ser un hecho comprobado por la experiencia que las circunstancias nada valen ó influyen cuando el sujeto no está dotado



de una fuerza intrínseca y activa, por estar basada dicha teoría en la hipótesis de la unidad primitiva del animal y sucesiva variedad de especies, en lo cual no está conforme la verdadera Fisiología, y por- que «la generación espontánea, como dice un distinguido Catedrático de la Universidad Central, no existe, es sólo una quimera<sup>(1)</sup>».

Repugna á la razón sostener que el sonido articulado, lo propio que el alma humana, sean transmitidos por generación humana, ya se explique en sentido corpóreo, siguiendo á Tertuliano, á los herejes Apolinaristas y Luciferianos y á los semi-materialistas modernos, ya en sentido espiritual, según opinan Leibnitz, Klee, Oischinger y Froshammer. Tanto la doctrina de la generación corpórea que da lugar al *traducianismo*, como la espiritual que, formando el *generacionismo*, afirma que el alma racional es engendrada ó producida por la del padre, son de todo punto insostenibles. La primera debe rechazarse como opuesta directamente á la espiritualidad é inmortalidad del alma humana; la segunda, como fundada en una hipótesis meramente gratuita, conduce necesariamente al sensualismo y al materialismo, y deja la puerta abierta para negar la distinción esencial que existe entre el hombre y los seres irracionales.

Solo la doctrina de la *creación*, llamada también del *creacionismo*, que hace derivar el alma de Dios, no por emanación, como así opinan Pitágoras, los Estoicos y los Maniqueos en los tiempos antiguos y Poirot con algunos panteístas en los tiempos modernos, sino de la *nada*, en virtud de un acto *inmediato* del poder omnipotente de Dios, es la que está conforme con la razón y con la autoridad de la Iglesia católica.

Tan erróneo es sostener que el hombre sea una transformación del gorila, del chimpancé, de otro mono antropoide ó de un tipo desconocido, como hacer derivar el lenguaje articulado de los sonidos confusos é inarticulados; pues ó bien estos sonidos expresarían alguna cosa, en cuyo caso no fueran confusos é inarticulados, sino que formarían un lenguaje; ó no expresarían nada, en cuyo caso no podrían jamás constituir un lenguaje claro y distinto. En el supuesto de servirse

(1) Dr. D. Juan Magaz y Jaime, *Treatado elemental de Fisiología humana*, t. I, cap. V.



los primeros hombres de señales ó signos arbitrarios, debían naturalmente tener idea de lo que querían comunicarse, y como consecuencia de ello del medio de realizarlo, en cuyo caso hubieran poseído la palabra antes que los sonidos articulados, lo que no puede admitirse en manera alguna.

Es un error manifiesto suponer que el hombre primitivo se hallaba en un estado de mutismo y en un grado tal de insociabilidad, que le privaba de la facultad de conocer y comunicar sus pensamientos, y atribuirle en tal estado los pensamientos, sentimientos, afectos, intenciones, necesidades y el espíritu de invención y de industria, propios del hombre social y civilizado.

No puede sostenerse seriamente que el trato recíproco de los primeros hombres les hiciese proferir gritos que fueran los signos naturales de sus percepciones; pues no podía existir relación alguna recíproca entre hombres faltos de palabra é independientes unos de otros para dar á conocer sus necesidades.

Es también inexacto afirmar que los gritos naturales del hombre fueran, como en los seres irracionales, signos naturales de sus afectos. Los animales, á juzgar por aquellos cuyos hábitos conocemos y cuyo lenguaje inarticulado oímos, tienen gritos uniformes y constantes en cada especie: no sucede así en el hombre. La experiencia nos manifiesta que los gritos humanos ó las exclamaciones no son los mismos entre los diferentes climas y pueblos, ni en las mismas circunstancias. Hay más: los gritos, expresión de las afecciones, son en los irracionales movimientos afectivos, consiguientes al conocimiento puramente sensible; pero en el hombre son determinados y les acompaña con frecuencia el conocimiento intelectual. Notoria es, pues, la diferencia que existe entre el grito natural del hombre y el de los seres irracionales. Si los gritos fueran signos naturales, no hubieran tenido necesidad los hombres, para hacerse entender, de ponerse de acuerdo sobre los signos arbitrarios ó de inventar el lenguaje, pudiendo dar á conocer con los signos naturales, al igual que los animales irracionales, todas sus necesidades.

Sostener, en fin, los modernos evolucionistas que el lenguaje fué al principio poco perfeccionado, que sus progresos fueron muy lentos



y que se necesitaron muchas generaciones para aumentar el número de palabras, es presentar al género humano en su infancia, bajo un aspecto lastimoso, ridículo é inconcebible. Si el lenguaje hubiese sido inventado á fuerza de tiempo y de ensayos, las lenguas habrían sido tanto más imperfectas y menos capaces para expresar los conceptos humanos, cuanto más antiguas fueren; sucede, empero, todo lo contrario, pues las lenguas más antiguas, llegadas hasta nosotros con sus monumentos escritos, reúnen todas las cualidades que pueden apetecerse en una lengua rica, perfecta y completa.

No importa que los positivistas, sensualistas y materialistas de nuestros días, que admiten sólo como real y verdadero lo sensible y lo corpóreo, sujeto á la observación y á la experiencia, rechacen por anti-científico el problema del origen del lenguaje, al igual que todas las demás cuestiones del orden racional, metafísico y divino; porque sus teorías filosóficas son inadmisibles en sus principios, defectuosas en sus procedimientos y funestas en sus consecuencias científicas, morales y religiosas, pues abren la puerta al ateísmo y á todos los delirios y pasiones del hombre.

Queda, pues, demostrado filosóficamente que el origen del lenguaje no puede ser humano, sino que forzosamente ha de ser divino.

## V.

Esto mismo se halla confirmado por los datos que nos suministran la *Lingüística*, la *Etnografía* y la *narración mosaica*.

La unidad primitiva del lenguaje y del género humano, la conservación por espacio de muchos siglos de la lengua primitiva, su confusión violenta y formación de otras nuevas en la torre de Babel, el progreso ó alteración accidental, no esencial, de las mismas, la afinidad más ó menos estrecha que guardan todas ellas entre sí y la influencia divina que brilla así en la conservación y confusión de la lengua primitiva, como en la formación de otras nuevas, son hechos atesti-



guados por dichas ciencias y suficientes de por sí para demostrar que el origen del lenguaje es divino y en manera alguno humano.

Fijémonos en el más importante y fundamental de todos esos hechos, sobre el que descansan y con el que se comprueban los demás, ó sea en la *afinidad* que guardan entre sí todas las lenguas existentes en el mundo, demostrada por la Lingüística. Esta ciencia, nacida á fines del siglo pasado, distinta de la Filología y de la Gramática, histórica en el fondo y natural por su forma, valiéndose ora de la clasificación *genealógica* ó *etnográfica*<sup>(1)</sup>, ora de la *morfológica*<sup>(2)</sup>, en mi sentir la más acertada, ora de la *psicológica*<sup>(3)</sup>, ha llegado á descubrir afinidad manifiesta entre las varias lenguas y dialectos de un mismo grupo de cada una de las tres clases más generalmente admitidas, esto es, de las *flexibles*, *aglutinantes* y *aislantes*; y cierta analogía, visible á veces y oculta otras, entre las lenguas de grupos diversos, ó sea, entre las lenguas madres: analogía suficiente para reconocer la existencia de una sola lengua primitiva y para confirmar su origen divino.

Empeño temerario sería en nuestros días, después de los concienzudos trabajos realizados por tantos y tan eminentes lingüistas y filólogos del siglo pasado y del presente, sostener que no hay afinidad explícita y

(1) La genealogía, ha dicho Max Müller (*La science du langage*, p. 214) es la forma de clasificación más perfecta; pero tiene el inconveniente de no poder hacerse extensiva á todas las lenguas.

(2) Con este procedimiento inaugurado por Federico Schlegel y seguido con ligeras modificaciones por Humboldt, Max Müller, Bopp, Schleicher, Hovelacque, Vinson y Whitney, todas las lenguas se clasifican, según sean sus formas ó categorías gramaticales, en tres grandes clases, á saber: *monosilábicas* ó *aislantes*, si las palabras tienen significación propia ó independiente y expresan la relación lógica por su posición en la frase ó por su diferente entonación; *aglutinantes*, si queda íntegro el elemento radical de la palabra y pierde su independencia el de relación ó servil, siendo su unión mera yuxta-posición, en la que no llegan á fundirse los dos elementos que forman la palabra; y *de flexión*, si los dos elementos de la palabra, el radical y el de relación ó servil, pierden su independencia y se funden enteramente, formando una unión orgánica.

(3) Este procedimiento ideado por Steinthal, que no deja de ser también filosófico, toma como base no un principio morfológico, sino, como él dice, psicológico, cuyo procedimiento, según Adam (*Les classifications, l'objet, la méthode, les conclusions de la linguistique*, París, 1882, p. 36) llamaríase mejor gramatical ó sintáxico, puesto que está fundado en la manera como las palabras consideradas, no en sí mismas, sino como elementos de la frase, dan á conocer la oposición que existe entre el significado y la relación, entre la materia y la forma, entre la idea propiamente dicha y su relación. Bajo este punto de vista, Steinthal (*Charakteristik der hauptsächlichsten Typen der Sprachbaues*) agrupa todas las lenguas en dos clases: privadas de forma unas y con forma más ó menos completa otras, subdividiendo cada clase en lenguas aponentes y amalgamantes y comprendiendo en la primera clase las lenguas indo-chinas, las polinesias, las uralo-altaicas y las americanas; y en la segunda clase la lengua china, la egipcia, las semíticas y las indo-europeas.



manifiesta entre el sanscrito, el zend, el armenio, el griego, el latín, el lituano, el eslavo, el gótico y el alemán, que, con sus respectivos derivados, forman la gran familia *ariana* ó *indo-europea*<sup>(1)</sup>; entre el hebreo, el samaritano, el caldeo, el siríaco, el fenicio, el árabe y el etiópico, que constituyen el grupo *semítico*<sup>(2)</sup>; entre las lenguas todas comprendidas en la clase de las *aglutinantes*, ya sean propiamente tales, como las dravídicas, las turanianas, las japonesas, las de la Australia y otras, ya sean incorporantes ó polisintéticas, como las americanas<sup>(3)</sup>; y, en fin, entre las lenguas *aislantes* ó *monosilábicas*, como el chino y las de la península transgangética<sup>(4)</sup>.

Es evidente que existen y se notan manifiestas é intimas relacio-

(1) Famosos lingüistas han trabajado con ahinco desde últimos del siglo pasado en el estudio del sanscrito y en la agrupación de las lenguas de la gran familia *indo-europea*, siendo dignos de mención, entre otros, en el siglo pasado William Jones, Wilkins y Colebrook, y en nuestro siglo Bopp, Burnouf, Wilson, Max Müller, Boetlingk, Pott, Bergmann, Breal, Chavée, Eichhoff, Pictet, Regnier, Baudry, Schleicher, Curtius, Fick, Benfey y nuestro García Ayuso, los cuales valiéndose de procedimientos diversos lexicográficos, morfológicos y sintáxicos, en unión con el fonético descubierto y llevado á gran perfección por el ilustre germanista Jacobo Grimm con su célebre ley de permutación, que había de constituir en adelante el criterio verdadero para establecer las etimologías y reconocer las radicales de origen común en medio de sus diferencias, han probado el parentesco originario de las varias lenguas y dialectos de la gran familia ariana ó *indo-europea*, llamada por otros *indo-germánica*.

No hay necesidad de reseñar los trabajos orgánicos sistemáticos y rigurosamente científicos realizados en cada una de las lenguas de este grupo indo-europeo. Apuntaré solamente que Bopp, Burnouf, Wilson, Max Müller, Boetlingk, Benfey, Benloew y Oppert desentrañaron y determinaron todos los elementos del sanscrito; que igual trabajo hicieron respecto al zend, Spiegel, Westergard, Hang y Justi; en orden al griego en sus varios dialectos jónico, dórico, eólico y ático, y en orden al latín en sus dialectos congéneres, Curtius, Leo-Meyer, Corssen, Kuhn y Auffret; y que igual trabajo han realizado tocante á las lenguas neo-latinas, Diez y sus discípulos Fuchs, Suchart, Ascoli, Gastón Foi y Barth; por lo que hace á los dialectos germánicos, Grimm; en cuanto á los eslavos Miklosis y Schleicher; y en cuanto á los célticos, Zeus y Ebel.

(2) No puede afirmarse en rigor que todas estas lenguas sean *semíticas*, es decir, habladas por los descendientes de Sem, puesto que los fenicios ó cananeos son oriundos de Cam. Se han dedicado á los trabajos de comparación de las lenguas semíticas fijándose especialmente en el hebreo, Guillermo Gesenius, Enrique Ewald, Julio Fürst, Justo Olshausen y Delitzsch; en el samaritano, F. Uhlemann, D. Pettermann y A. Brüll; en el siríaco, G. Hoffmann y Bernstein; en el caldeo, Julio Fürst; en el fenicio, Schroeder; en el arábigo, de Sacy, Ewald y G. W. Freitag; en el yemenita, Arnaud y Halevy; y en el etiópico, Hupfeld y Dillmann.

(3) En cuanto á la clase de las *aglutinantes*, han cultivado las lenguas dravídicas, F. Müller; las turanianas, Bunsen y Hodgson; las de Australia, Eyre y Ridley; las japonesas, Rosni; las uralaltaicas, Castren, Kasem Beg, Strahlman, Schott y Schmidt; las incorporantes, polisintéticas ó americanas, Humboldt, Lieber, el P. Petitot, F. Müller, Buschmann y Pimentel; la vasconce, idioma de los Iberos, G. de Humboldt, Chao, Charencey, Napoleón, Astarloa, Larramendi, W. J. van Eys y Lizárraga; las africanas ó camíticas, Koelle y F. Müller; las hotentotes, Bleek y Lepsius; y las malayo-polinesias, Max Müller, G. de Humboldt y Hollander.

(4) Han hecho grandes estudios sobre las lenguas *aislantes* ó *monosilábicas*, Abel Remusat, el P. Prémare, Estanislao Julien, Bazin y Pavie en la China; Logán y Bastián en las de la península Transgangética ó Indo-China.



nes entre las lenguas incluidas en un mismo grupo de cada una de las tres referidas clases; y no lo es menos que existe también y se nota cierta relación, aunque no tan manifiesta, entre las lenguas de grupos distintos de una misma ó diferente clase, esto es, entre las lenguas indo-europeas y semíticas que constituyen la clase de las flexibles, y entre las de esta clase con las que presentan formas aglutinantes y aislantes comprendidas en las otras dos clases.

Max Müller<sup>(1)</sup>, que compara las lenguas humanas con las formaciones geológicas y que distingue en los idiomas tres grandes estratificaciones que corresponden á tres condiciones sucesivas del lenguaje, sostiene que todas las lenguas en un principio eran monosilábicas y que pasaron sucesivamente de tal estado al de aglutinación y de éste al de flexión gramatical. La transición entre estos estados es un hecho que se observa aún en nuestros días. La lengua china tiene formas que pertenecen al periodo de aglutinación, el cual muestra claras señales de flexión. El sanscrito, el griego y el hebreo, lenguas flexibles, presentan señales manifiestas de aglutinación verdadera y de su antiguo monosilabismo. Estas y otras lenguas flexibles conservan todavía sílabas y letras que representan palabras, cuya mutilación es un misterio: las preformativas y aformativas, como los prefijos y afijos, han sido en su origen palabras independientes. Nada de lo que hoy día entra en la composición de una palabra ha sido en un principio una sílaba sin significación ó sin vida. Nada existe en la estratificación terciaria del lenguaje que no haya tenido sus antecedentes y su explicación en la estratificación secundaria ó primaria, que manifiesta la identidad verdadera entre las mismas.

Afirme enhorabuena la escuela de Pott que no hay comunidad de origen entre las lenguas, ni siquiera entre el hebreo y el sanscrito, representantes genuinos del grupo semítico y del ariano; pues bastan, para desvanecer su error, las grandes afinidades descubiertas hoy día entre dichas lenguas por sabios tan eminentes como Ewald, Riemer, Ascoli y Delitzsch.

No se diga tampoco, que no existen analogías entre las lenguas

(1) *La science du langage*, trad. por G. Harris et G. Perrot, 1867, sixième leçon.